

dientes de los héroes de Bailen y del Dos de Mayo, la santa causa de las nacionalidades, en la muerte de Polonia, y por consiguiente, esperamos todavía su resurrección. El enemigo de esta nación no puede ser más grande, no puede ser en verdad más poderoso; pero por lo mismo, no puede ser más grande, no puede ser más poderosa la simpatía de todos los corazones que aman más una causa cuanto menor es la esperanza de su triunfo. Así en París, durante la presencia del Czar, se ha oído por todas partes el grito de: Viva Polonia. Y no creáis que el suceso último ha ahogado ese grito. Acababa de cometerse el atentado que subleva la indignación pública, no tanto por ser un crimen en sí que trastorna las leyes morales, como por ser una falta que hiere los sentimientos más sencillos de la hospitalidad francesa; y al domingo siguiente, cuando los Emperadores vuelven de Versalles, después de haber recorrido los jardines dibujados por Le Notre y de haber visto los maravillosos juegos de agua que divertían los ocios del Rey-Sol, como llamaban sus cortesanos á Luis XIV; en los campos solitarios, en las encrucijadas, en los caminos se oye todavía el grito de Viva Polonia como si saliera de las entrañas de Francia. Cuando los paseantes daban este grito, Napoleón se volvía al Czar para decirle: «Son incorregibles.» «Déjalos, contestó Alejandro. Eso prueba que lo mejor es consentir que griten.» Y aprovechó la ocasión para pedir la libertad de los que habían sido presos á consecuencia de las voces dadas á favor de Polonia, cuando la corte entera iba á la gran fiesta de la ópera. Poned á un pobre joven, sin grande educación, sin grandes medios, en los profundos senos del mar insondable que se llama París. Hacedle ir allá después de haber dejado el hogar, el nido de la vida, y la patria, el compendio de todos los amores humanos. Recordadle que su padre ha sido desterrado á Siberia, y que su madre ha muerto en el camino abrazando al último de sus hijos contra el

yerto seno. Llenad su mente con el recuerdo de la nacionalidad; y su corazón con los gritos de simpatía que á favor de esa nacionalidad lanza París, la capital del género humano. Y en seguida, si no justificáis, comprenderéis su acción.

Pero dejo á un lado todo género de reflexiones para limitarme, en calidad de historiador, á referir sencillamente los hechos. En la puerta del Hipódromo, frente á la magnífica quinta del baron Rotschild, se reunieron para pasar la revista los Emperadores, los Reyes, los Príncipes que á la sazón albergaba París. Entre todos levantaba su cabeza el Emperador de Rusia. Alto, flexible, elegantísimo, el color blanco y sonrosado, la barba rubia, los ojos azules, el Emperador es personalmente uno de los hombres más distinguidos de Europa. No es un tártaro, no es un moscovita; es un alemán, y un alemán aristocrático. Sin embargo, cuando os acercáis mucho á él; cuando distinguís por algunos momentos lo que encierra su mirada, veis descubrir algo de duro y de implacable, algo de esa severidad que engendra el hábito de mandar sin contradicción y sin responsabilidad. Sus dos hijos han heredado la viril hermosura del padre sin la dureza. El Czar se hallaba en el centro; á su izquierda el emperador Napoleón y á su derecha el rey de Prusia. Este soberano se ha eclipsado en París, detrás, digámoslo así, del Czar de todas las Rusias. Pero cuando se piensa que en una batalla ha arrancado la corona de Alemania al Austria y ha devuelto Venecia á Italia, batalla, no sólo grande por sus resultados, sino también por su arte, por esa táctica militar que recuerda los tiempos del gran Federico, no puede menos de fijarse la atención con vivísimo interés en este hombre extraordinario que ha cambiado en su provecho el mapa del Norte de Europa. Nadie diría que hay en él esas puntas y ribetes de romántico, de pietista, de adorador del derecho divino, de creyente testarudo en una misión especial y cuasi-divina confiada por la Providencia á

su familia y á su raza. Alto, como lo son casi todos los descendientes de Arminio, robusto, de pacífico semblante, de tranquila mirada, muy gordo, casi degenerando en barrigudo, Guillermo I, más que un aspirante á imperar por derechos de conquista, más que un guerrero dispuesto á llevarlo todo á fuego y sangre para unificar su Alemania, parece un pacífico y bonachon comandante de la Guardia Nacional, que tiene tienda abierta y que sólo se ocupa en explicar la doctrina cristiana y la economía doméstica á sus hijos. Pero á fé que le seguía de cerca el antiguo redactor de periódicos satíricos, el astuto diputado de la extrema derecha, el Maquiavelo alemán, que se ha valido del partido feudal, para preparar la obra revolucionaria de la unidad alemana, y de esta misma obra revolucionaria, de esta misma unidad, para desarmar la democracia en Alemania. En su uniforme de coronel se encierra un hombre de Estado. Es un ergotista incansable en las Cámaras, y un hábil espadachín en el campo del honor. Pero como la obra es tan gigantesca, le abruma, cual abrumó á Cavour la no menos gigante de la unidad de Italia. Su rostro deja ver las huellas del trabajo de su espíritu. El ministro de Prusia no se engaña respecto á las pocas simpatías que tiene en Francia. Uno de estos franceses, que llevan la hospitalidad hasta la adulación, le decía en un almuerzo: «me parece haber oído en muchos puntos gritar ¡Vive Bismark! El hábil político meneó la cabeza y dijo: no, han gritado ¡Voilà Bismark! (hé ahí Bismark) que no es lo mismo.» Mas dejando aparte todo esto, ¡qué magnífico estado mayor el que acompañaba á los emperadores y reyes en su revista! Los generales rusos con sus cascos dorados; los prusianos con sus largos penachos blancos; los franceses con su tricorno galoneado; los ingleses con sus uniformes granas, los príncipes alemanes con sus casacas blancas y sobre la cabeza águilas de plata en actitud de volar, abiertas las alas al viento; los árabes envueltos en sus alqui-

celes, pareciendo, sobre sus caballos á galope, una nube blanca que cabalga sobre una nube negra; guerreros de mil zonas diferentes que pasaban extasiados en verdad delante de estos soldados franceses, los cuales, ya á pié, ya á caballo, ya al lado del cañón, ya como ingenieros, ya como zapadores, ya como fusileros ó como cazadores, tienen ese aire marcial indescriptible y se mueven con ese desembarazo soberano, unido á esa precisión matemática, que les coloca al lado de los primeros ejércitos que ha tenido el mundo.

En el impasible rostro de Napoleón, que pocas veces refleja su secreto pensamiento, se dibujaba, al concluirse la gran revista, una sonrisa de satisfacción. Todos los ginetes imperiales y reales habían dejado sus caballos. El emperador de Francia y el emperador de Rusia, con sus dos grandes duques, acababan de subir á una carretela abierta. Hallábanse en el sitio de la gran cascada desde el cual se descubre un panorama admirable: las colinas de Saint-Cloud, los campanarios de Boulogne, los bosques de Serret en lontananza, el camino de Versalles por donde cruzan las locomotoras, las dos vertientes del Sena cubiertas de verdura y los más espesos senos del bosque, perfumado á la sazón por el aliento de la primavera y vivificado por los rayos del sol que, además de sus cuerdas de luz, de esa arpa de los colores, tienden con su fuego las aves por los aires, las mariposas por las flores, la vida y la alegría por toda la naturaleza. Al rededor del carruaje donde iban los emperadores, los muchedumbres se agolpaban de manera que no podía el carruaje abrirse paso. El Emperador mandó cambiar de camino, y al camino nuevamente tomado corrió fuera de sí el infeliz regicida. Había comprado por la mañana su pistola, y había almorzado frugalmente un pedacillo de salchichón con media botella de vino. Cuando vió al Czar tan cerca de él, casi á cinco pasos, perpetró su crimen. La pistola era de dos cañones y soltó los dos tiros á un tiem-

po. Una pistola, tan inhábilmente manejada, le reventó en las manos y le llevó tres dedos. La bala fué á herir la cabeza del caballo de un oficial que marchaba á la portezuela del coche. El caballo manchó de sangre, vertida por las narices, á los dos emperadores y á sus hijos. Aquel fué un momento de horror. Los cuatro se abrazaron.—«¿Estás herido?» preguntó el emperador Alejandro á su hijo mayor.—«Nó, ¿y vos?»—«Yo tampoco.»—Iguales preguntas se dirigieron todos mutuamente con esa celeridad de la inteligencia humana en momentos supremos, con esa celeridad que aventaja la rapidez del relámpago.—«El tiro iba dirigido á mí, dijo el Emperador de los franceses; el asesino es un italiano.»—«No, iba dirigido á mí, dijo el Czar; el asesino es un polaco.»—«Hemos ya desafiado el fuego juntos,» añadió Napoleon.—«La Providencia tiene en sus manos nuestra suerte,» exclamó el emperador Alejandro. Mientras tanto, la multitud se lanzaba sobre el regicida con un furor indescriptible. Los franceses sentían herido su honor nacional y su reputación de hospitalarios. Fué necesario que la policía emplease esfuerzos supremos para libertarle de una muerte segura. En seguida lo condujeron á la prefectura, y de la prefectura á la conserjería. Yace muy cerca del mismo calabozo donde tanto padeció María Antonietta. Empezado el interrogatorio dijo ser polaco, y de la provincia de Vóhlinnya. Preguntado por su padre, dijo que no tenía con él relaciones, porque habiéndole jurado entregarse en cuerpo y alma á la revolución, su padre le había maldecido. En tal respuesta se ve bien que trataba á toda costa de evitar la venganza del Czar y toda pena á su familia. Preguntado por qué había intentado matar al Czar, respondió: «Por libertar á mi patria de Alejandro, y al mismo Alejandro de sus remordimientos.»—«¿No pensásteis que vuestra bala pudo herir al Emperador de los franceses?»—«¡Imposible! dijo; la bala de un polaco no podía dar sino en el

corazon del Czar.» Cuando supo que no había conseguido su propósito demostró un dolor inmenso, una verdadera desesperación. Ha sido necesario cuidarle, porque su herida le desarrolló una terrible calentura. En algunos momentos de calma, pide afanoso el conversar con los demás presos y el leer los periódicos para saber qué dicen de su crimen.

No puedo dejar de hacer algunas reflexiones sobre el regicidio. Delante de pavorosos hechos de esta clase, la conciencia se despierta y á su vez despierta al pensamiento. La vida sería un río de sombras, si de los hechos particulares y aislados no dedujéramos una idea general, una ley, un principio. No vacilo en decirlo, porque jamás ha vacilado mi pluma en escribir lo que dictaba la conciencia.

El intento del jóven polaco es un crimen, y todo crimen merece una grande, una severísima reprobación. Nadie tiene derecho sobre la vida del hombre, nadie, ni la sociedad, ni el individuo. Al bien no se va por el camino del mal. Pero téngase presente que el asesinato político nace en las monarquías absolutas, como una consecuencia necesaria de la violación de todos los principios de justicia. Desconoced las leyes de la inteligencia, y os encontrareis con el error; desconoced las leyes de la naturaleza, y os encontrareis con el mal; desconoced las leyes de la sociedad, y os encontrareis con el crimen. La bala de Berezouski se ha forjado en las fraguas del despotismo ruso. Todo gobierno que es inmortal, que es absoluto, que es irresponsable; todo gobierno que arranca la palabra á los labios, el pensamiento á la conciencia, la voluntad al carácter; todo gobierno que suprime una grande nacionalidad á su antojo, y lucha para matar un pueblo, se encuentra como Sardanápalo en Ninive, como Baltasar en Babilonia, como César en Roma, conculcador de las leyes de la vida, se encuentra con el espectro de la muerte. Los más grandes teorizadores del absolutismo, los que han escrito su teología, convienen todos en que contra el tirano que viola hasta el se-

creto de la conciencia y que suprime hasta el suelo de la patria no hay más que un remedio: el tiranicidio. ¿Qué significa Judit matando en su tienda á Holofernes, Judit elevada á modelo por la Biblia, sino el símbolo de una patria que se levanta para degollar un tirano? Y lo que es religión para Betulia ¿ha de ser crimen para Varsovia? Gerson, aquel grande orador del siglo décimo-cuarto, de tal manera místico y católico, que hasta la Imitación de Jesucristo se le atribuye, el libro de la paciencia y de la conformidad; Gerson escribió la apología del tiranicidio. Mariana, nuestro historiador español, ilustre jesuita, ha escrito un libro dando reglas para matar á los tiranos. El jesuitismo, que es la quinta esencia del Pontificado, ha bendecido á los regicidas Santiago Clemente y Baraillac, porque diz que las víctimas de estos dos monstruos violentaban ó perturbaban las conciencias católicas.

Nosotros no participamos de estas ideas. La Judit de la Biblia ha repugnado siempre á nuestra conciencia religiosa. Nosotros creemos que la manera de acabar con el tiranicidio, es acabar con la tiranía. El puñal de Bruto mató á César é hizo inmortal en Roma el Cesarismo. Pero el esfuerzo sublime de Wasingthon matando de un solo golpe la tiranía en lid honrosa, en revolución sublime, ha hecho para siempre imposible los tiranos en la tierra libre de América. El crimen que no pudo, ó no supo arrancar el crimen de la esclavitud, engendró la última guerra y abortó á Booth, á ese infame asesino, á ese loco inmundo que la humanidad pondrá al lado de Pilatos, de Judas, de Barrabás, de todos los que han perseguido á los justos de la tierra, y los han colocado entre los mártires del cielo. Los que matan un rey son criminales, porque ningun hombre tiene derecho sobre la vida de otro hombre. Pero los que matan un pueblo son criminales también, porque ningun hombre tiene derecho sobre la vida de un pueblo. Arránquese el Czar de la frente su corona autocrática, y habrá arrancado de las manos de los tiranidas

sus puñales. El despotismo ruso engendra el regicidio, como las lagunas pontinas la fiebre, como los arenales abrasadores las ponzoñosas víboras. La bala de Berezouski, repitámoslo, se ha forjado en los fraguas del despotismo.

Mientras yo me entregaba á estas reflexiones, iban pasando ante mis ojos las tropas en desfile. No sé por qué, al ver aquellas legiones tan alegres; tan vistosas, precedidas de sonoras músicas, acompañadas de gran muchedumbre; no sé por qué me asaltó siniestro presentimiento. Lo cierto es que toda la tarde estuve inquieto, inquietísimo, comparando en mi pensamiento la sociedad tal cual es con la sociedad tal cual debiera ser. Estas ideas atormentaron hasta mi sueño, que fué incierto y fatigosísimo, interrumpido de pesadillas continuas. Soñé que el cielo era una noche eterna y sin estrellas; que la tierra era un desierto inmenso, uniforme, como un sudario, despojada hasta de vegetación; que bajo montones de cenizas, todavía humeantes, palpaban millones de cuerpos, aún agitados por el estertor de la agonía y galvanizados por la chispa eléctrica de algun último deseo, de alguna última esperanza; que un clarín estridente sonaba y le respondía un frío rechinar de dientes, ruidoso, largo como un trueno, que helaba en mi corazon la sangre y desgarraba todos mis nervios; y al eco del clarín, legiones de muertos, seguidas por nubes de cuervos y manadas de chacales rodaban, rodaban en vértigo infinito, lanzando de sus frentes chorros de sangre, y profiriendo de sus cavernosas bocas multitud de maldiciones sobre varios gigantes, caballeros en esqueletos de grandes caballos, armados con fria guadaña que empuñaban, cual si fuera un cetro, ceñidos de imperiales coronas sobre las que aleteaba un monstruo inmenso, indefinible, con gigantescas alas de murciélago, y con agudas garras, lanzando de sus vacías órbitas con el fosfórico resplandor de los fuegos fatuos en los osarios ¡ay! estas tremendas palabras: guerra, guerra, guerra.